

CARNAVALES TRADICIONALES EN LIÉBANA

«Máscaras se vieron bastantes, aunque muy pocas de gusto, pues la mayoría no pasaban de la categoría de *zamarrones* y *destrozonas*».

Esta frase está incluida en la información sobre el desarrollo de los carnavales en Potes en 1908 que publicó La Voz de Liébana el 10 de marzo de aquel año. Nos da a conocer los personajes tradicionales de los carnavales lebaniegos de los que obtenemos alguna información más en otras noticias, publicadas a lo largo del tiempo, por aquel periódico comarcal.

Así, en 1910, el corresponsal de La Hermida cuenta que «*Únicamente dos o tres zamarrones el domingo gordo, que corrieron estos contornos, fueron los únicos que nos divirtieron un poco*».

En 1914 se dice que «Con mucha animación y alegría transcurrieron en Potes los tres días de antruejo», incluyendo «un aluvión de *zamarrones* y máscaras vulgares».

Hay que destacar que, durante toda su existencia, la dirección de La Voz de Liébana se posicionó en contra de los *zamarrones*, que consideraba muestra de incultura, elogiando, por el contrario, en las fiestas de carnaval, los bailes de disfraces y las máscaras "con gusto". En 1919 llegan a calificar a los *zamarrones* de «*astrosos y sucios*». Sin embargo, en los corresponsales y las noticias de los pueblos no se advierte esa oposición como vimos en el de La Hermida recién citado o en este párrafo del de Pesaguero en 1916:

«Todo acaba, todo fina, todo muere, hasta el carnaval, el "inmatable" carnaval, está herido de muerte: en estos pueblos apenas se le oye el estertor, ya está dando las "bocás", como dicen los chiquillos de los pajaritos que agonizan en sus manos. Hoy ya no se conoce que es "antruejo" más que en aquel que mató lechón (con perdón sea dicho) come botillo, por lo demás... ¿Dónde están aquellos tiempos del glorioso "zamarroneo" en que el incomparable Ciriaco dejaba sin sarro o tinte a cien sartenes poco limpias y con grandes dientes de patata, diez o doce arrobas de trapos por "dominó", un cuébano a cuestras para meter los "torrenducos" y una gran trapa embarrada por hisopo hacía correr locamente a los muchachos y reír a reventar con sus gracias? Donde aquellos de las agradabilísimas comparsas formadas por los hermanos Fuente de Barreda y otros de Lomeña y Lerones? Donde aquellos en que Inocencio Rodrigo aparecía montado en su brioso caballo de mimbres haciendo hermosas cabriolas? Donde aquellos en que don Mariano el Médico, Jaime Fuente el secretario, el sargento Martínez y mi padre (todos difuntos) con sus ollas rotas o averiadas haciendo salir al "tiu Tanislao" voceando barbaridades y al tiu Felipe con la escopeta jurando venganza a la par que la tía Catalina se desgañitaba dentro con maldiciones, con repuños y recaños y los bromistas se triscaban de risa en el "portalón" en que el tío Felipe fabricaba sus albarcas? Donde ¿donde están?».

Interesantes detalles los que nos aporta.

Quien escribe de Cillorigo en 1926, por el contrario, no parece echar de menos el carnaval, pero en su crítica, en línea con la dirección del periódico, nos da cuenta de qué es lo que se hacía en ellos:

«El carnaval ha pasado inadvertido en estos pueblos; puede considerársele agonizando, muerto, y ello nos alegra porque es signo de cultura y de progreso.

Para divertirse, no necesita la juventud «bailar el oso», ni mostrar aficiones a cambiar de sexo, ni hacer el ridículo con disfraces de mal gusto, que la moral y la estética repudian, ni otras gansadas a las que no se atreverían a decirlas con la cara descubierta».

La alusión a los cambios de sexo nos hace volver a la cita con que iniciábamos este escrito en la que se habla de "las destrozonas". Según el Diccionario de la Real Academia Española, una de las acepciones de esta palabra es: "En el carnaval callejero, máscara vestida de mujer, con ropas astrosas, sucias, grotescas, etc.". En la vecina Asturias, según leemos en "[Asturias Natural](#)", la "destrozona" era un «personaje que interpreta un varón vestido de mujer y provisto de una escoba con la que da escobazos por las calles del pueblo a cuantos se cruzan a su paso». ¿Podría ser éste el caso de las destrozonas lebaniegas?

"Bailar el oso" era otra de las manifestaciones del carnaval a que aludía el texto de 1926, una manifestación que conecta directamente con el actual carnaval de Piasca, en el que la presencia del Oso no falta, como tampoco faltan los zamarrones. De éstos nos contaba la desaparecida asociación [El Ciliembu](#) que «salían desde el sábado por la mañana hasta el domingo. No solían salir muchos, pues eran normalmente dos o tres mozos en cada pueblo, que ataviados según el uso del pueblo y provistos de escobas o palos, recorrían las callejas en busca de su objetivo, que no era otro que los niños, los cuales no se disfrazaban. Su diversión era salir a la calle haciendo sonar los campanos, llamando con ello a los zamarrones. Cuando estos los descubrían comenzaban las persecuciones, carreras,... que no cesaban hasta que el niño se rendía tirando el campano».

Piasca nos espera este sábado para comprobar la pervivencia de estas tradiciones y disfrutar de las fiestas del "antruejo".

valledeliebana.info